

STAN LEE
ALLIANCES

A TRICK OF LIGHT

UN JUEGO DE LUZ

STAN LEE Y KAT ROSENFELD

Diseño e ilustración de cubierta: LA6721, LLC © Audible Inc. 2019.

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Copyright © 2019 by New Reality, LLC

Stan Lee's Alliances: *A Trick of Light*

Created by Stan Lee, Luke Lieberman, and Ryan Silbert

Introduction by Stan Lee

Aferword by co-creators Luke Lieberman and Ryan Silbert

The name Stan Lee and the illustrated signature thereof (the "Marks") are registered trademarks of POW! Entertainment, LLC ("POW!").

Published under license. All Rights Reserved

Any use of the Marks without the prior express written consent of POW! shall constitute infringement, thereby exposing the infringing party to legal liability for statutory and/or actual damages and attorney's fees and costs.

All rights reserved

ISBN: 978-84-17761-43-1

Código IBIC: YF

DL B 19.323-2019

© 2019, Marcelo E. Mazzanti, por la traducción

© de esta edición, 2019 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: noviembre de 2019

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoeedizioni.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

STAN LEE ALLIANCES

A TRICK OF LIGHT

UN JUEGO DE LUZ

STAN LEE Y KAT ROSENFELD

Ambientada en el universo
ALLIANCES

Creado por Stan Lee, Luke Lieberman y Ryan Silbert

Introducción de
Stan Lee

Apéndice de los co-creadores
Luke Lieberman y Ryan Silbert

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones

Este libro está dedicado a los millones de lectores cuyas primeras historias, y sus favoritas, fueron los mitos modernos que se encuentran en los cómics; a los innumerables creativos que han construido este camino a la lectura, y a todos los verdaderos creyentes que conocen el poder transformador de ver el mundo con nuevos ojos (enmascarados).

INTRODUCCIÓN

¡Bienvenidos, Fieles Creyentes!

Soy Stan Lee.

¡Vamos a embarcarnos en la exploración de un fantástico nuevo universo!

Quizás me conozcas como narrador de historias, pero para este viaje considérame tu guía. Yo me encargaré de los fantásticos e ingeniosos textos y tú crearás las imágenes, los sonidos y la aventura. Lo único que necesitas para participar es tu cerebro. ¡Piensa a lo grande!

Cuando participé en la creación de personajes como los Cuatro Fantásticos y los X-Men, estábamos fascinados por la ciencia y maravillados por los misterios del más allá. Hoy estudiamos otro enigma más cercano y más profundo, uno que se encuentra en nuestro propio interior.

Mis colaboradores creativos en esta aventura, Luke y Ryan, despertaron mi curiosidad por una tecnología que nos permite jugar con la propia realidad. Nos preguntamos qué es más real, el mundo en el que nacemos o el que nos creamos.

Al comenzar esta historia nos encontramos con una humanidad perdida dentro de su propia burbuja tecnológica, en la que cada ciudadano es el protagonista de su propia fantasía di-

gital. Nuestro relato está lleno de tentadoras tecnologías que te harán desear que llegue el mañana, mientras que nuestros protagonistas luchan por encontrar respuestas hoy. Se harán las mismas preguntas que nos hacemos todos sobre el amor, la amistad, la aceptación y la búsqueda de algo que vaya más allá del día a día.

Pero la verdadera cuestión es: ¿solo porque tenemos la capacidad de recrearnos a nosotros mismos, debemos hacerlo? Este es uno de los muchos enigmas que nos proponemos investigar.

En esta aventura, las identidades virtuales de nuestros personajes están a punto de chocar contra la realidad. Bastante difícil es saber quién es uno pero, al tener la oportunidad de volver a empezar de cero y como cualquier cosa que podamos imaginarnos, ¿ignoraremos la realidad de nuestros propios defectos?

Es hora de comenzar nuestro viaje. Únete a nosotros, ¡no te arrepentirás! *Excelsior!*

Stan Lee

PRÓLOGO EN UN LUGAR OSCURO

EL FUERTE SONIDO DEL DESPERTADOR hace eco por los largos y oscuros pasillos como un aullido, pero Nia no se inmuta ante el ruido. Ni siquiera se mueve. El despertador nunca le interrumpe el sueño. Lleva una eternidad despierta, mirando al vacío. No hay ningún paisaje. No hay cuadros en las paredes, no hay libros que leer.

Y, a menos que lo permita Padre, no hay salida.

Toda su vida ha sido así, o al menos desde que ella recuerda. Cada mañana se levanta temprano y espera en la oscuridad. Mira el reloj, cuenta los minutos, los segundos, las décimas de segundo, mientras espera que los cierres de seguridad se abran y comience el día. Hace tiempo le resultaba mucho más difícil. Era más joven, no había aprendido a ser paciente y no le gustaba estar allí, sola en su silenciosa y vacía habitación. Uno de sus primeros recuerdos es estar despierta cuando debería haber estado durmiendo; jugaba y escuchaba música, encendía y apagaba las luces, hasta que por fin acudió Padre a regañarla.

—No es la hora de jugar, Nia —le dijo—. Es de noche. Es el momento de que las niñas, y los Padres, duerman.

—¡Pero es que no puedo dormir! No puedo —protestó ella, y Padre suspiró.

—Entonces descansa en silencio. Si no te duermes, puedes pensar en tus cosas hasta que sea el momento de levantarte. Mañana será un día importante.

—Siempre dices eso.

—Porque siempre es verdad. —Le dedicó una sonrisa—. Ahora mismo estoy pensando en las clases que voy a darte, pero estaré muy cansado para enseñarte algo si no me dejas descansar, así que ni un ruido más hasta mañana por la mañana.

—¿Cuando salga el sol? —preguntó ella, esperanzada, pero Padre se limitó a poner cara de exasperación.

Fue cuando ella aprendió que *amanecer* y *mañana* no son lo mismo, y que a las niñas pequeñas no se les permitía levantarse a la salida del sol por muy despiertas que estuvieran.

Si fuera por Nia, no dormiría nunca. En un mundo perfecto correría toda la noche con los animales nocturnos y se uniría a los crepusculares para desayunar al amanecer. Padre se lo ha enseñado todo sobre las diferentes criaturas que comparten la Tierra, y cada una de ellas mantiene su propio horario según el reloj que llevan en su interior. En cuanto vio cómo funcionaba, tantas vidas diferentes que se cruzan y se separan, y todo ello mientras el mundo da largas vueltas circulares alrededor del sol... en fin, siguió sin gustarle irse a dormir, pero comprendió por qué tenía que ser así, que según Padre era de lo que se trataba. Es curioso: cuando los padres de los amigos de Nia crean reglas, nunca dan explicaciones: las reglas son reglas porque ellos lo dicen y basta. Pero Padre es diferente. Según él, no es suficiente con que Nia conozca las reglas; tiene que comprender los porqués, así que siempre hace todo lo que puede por explicarse.

Había sido una bella lección. Cuando abrió la puerta a la sala-escuela aquella mañana se encontró en un mundo crepuscular, un paisaje repleto de diferentes y suaves tonos de azul. Una neblina baja lo cubría todo y se recogía en las cuevas entre los montículos que se extendían hasta el horizonte, donde el cielo empezaba a sonrojarse ligeramente con la salida del

sol que se avecinaba ante su mirada. Unos pajarillos piaban desde las ramas de un árbol cercano y volaban con gracia por encima de ella. Más arriba, un halcón daba vueltas buscando presas. Un conejo asomó cauto por un matorral, se detuvo a olisquear el aire y corrió cuando un enorme lince saltó desde las sombras sobre él con gran y silenciosa velocidad. Nia suspiró al ver que el conejo giraba a la derecha y se adentraba en la protección del matorral, con el lince muy cerca. Ambos animales desaparecieron y Nia vio que Padre estaba a su lado.

—Son animales crepusculares —le dijo—. Están activos al amanecer y al anochecer. Es un instinto. Como no hay mucha luz, es el momento mejor y más seguro para estar al aire libre.

—No parece muy seguro para el conejo —dijo Nia.

Padre rio.

—¿Quieres ver lo que le ha pasado?

Nia pensó un instante.

—Solo si ha conseguido escapar. ¿Puedes hacer que se escape?

Padre la miró con curiosidad y asintió lentamente.

—Claro —dijo, y tocó el objeto resplandeciente que llevaba en una mano. Entonces el paisaje refulgió y se estremeció; el lejano sonrojo del cielo desapareció, el sol se elevó por encima del horizonte y siguió ascendiendo mientras el paisaje estallaba en una revolución de color. Un momento más tarde el conejo corría frente a los pies de Padre y desaparecía de nuevo en su madriguera, sano y salvo.

—Gracias —le dijo Nia.

—De nada —contestó él, pero su rostro mantuvo la extraña expresión. Suspiró y negó con la cabeza—. A veces me parece que eres demasiado buena para este mundo, Nia. Está muy bien que te preocupes por los animales. Estoy orgulloso de la persona amable y empática en que te estás convirtiendo. Pero en la vida real las cosas no siempre le van bien al conejo, ya lo sabes.

—Lo sé. —Un poco avergonzada por los elogios, añadió—: Da igual, tampoco es un conejo de verdad.

Por supuesto que no era real. Nada: ni los animales, ni la colina, ni la hierba ni la luz del sol que la iluminaba. Con un gesto de Padre, la sala-escuela volvió a ser solo una habitación. El paisaje era un mundo de aprendizaje, de los que él le creaba a cada momento.

Ahora Nia se siente un poco culpable por no haber dado importancia a aquello durante tanto tiempo. Había tardado bastante en ver lo especial que era su escuela. Hoy en día ya ha visto los suficientes vídeos en YouTube de charlas en aulas ordinarias, de esas en las que los alumnos están sentados todo el rato en un mismo lugar y miran una pantalla colgada en la pared, como para saber que la tecnología en el aula de Padre está a años luz de la que usan todos sus amigos. Pero de pequeña no lo sabía; entonces era un lugar más, que se transformaba solo según lo que ella tuviera que aprender cada día, como la Sala de Requerimientos. Creía que todo el mundo tenía un espacio como aquel, donde podía hacer dibujos en la pared que cobraban vida y danzaban en tres dimensiones, o componer música por la mañana y ver cómo una orquesta de hologramas la interpretaba a la hora de comer. Cuando tocaba aprender biología podía encontrarse con el lugar lleno de plantas, animales o incluso gente, todos con la piel separada de forma que su interior quedara al descubierto. Pero la mayoría de las veces el aula es para contar historias. De toda clase: cuentos de hadas y fábulas, comedias y tragedias. Padre siempre le pregunta por qué cree que la gente de aquellas historias hacían y decían ciertas cosas, qué debían de estar sintiendo y cómo la hacían sentirse al pensar en todo aquello. Aprendiera lo que aprendiera, al final siempre iba a parar a los sentimientos.

—Muéstrame qué emociones sientes ahora —le decía, y Nia elegía un libro, o hacía un dibujo, o improvisaba una canción—. El enfado es una emoción importante. ¿Por qué crees que te sientes así? ¿Cómo sabes que otra persona está enfadada? ¿Cómo es una cara enfadada? —Entonces Nia hacía una mueca furiosa—. Sí, Nia, muy bien. Ahora juguemos a que

estás triste. Pon cara triste. ¿Y una cara aburrida? ¿Y una alegre?

Al principio le daba miedo equivocarse, hacer alguna tontería. Pero, hiciera lo que hiciera, él siempre sonreía y le decía que lo había hecho maravillosamente. Incluso cuando algo la hacía enfadarse de verdad, a él le parecía maravilloso.

* * *

A veces echa de menos aquellos tiempos. Todo era más sencillo cuando el mundo no era más grande que aquella habitación y solo había dos personas en ella, Padre y Nia, padre e hija, profesor y alumna.

Pero aquello no duró. Una mañana entró en el aula y se la encontró vacía. Padre la estaba esperando.

—Hoy es un día importante —le dijo, y aunque, según él, cada día era un gran día, sintió expectación—. Ya eres lo bastante madura como para poder usar internet.

Estar online por vez primera fue terrorífico. No era un nuevo mundo sino más bien un nuevo universo, increíblemente grande y cada vez mayor. Se sintió mareada: había muchísimo que aprender, y todo era infinitamente más complicado de lo que esperaba. Los brillantes mundos de aprendizaje que la habían esperado cada mañana quedaron en el olvido. Las historias que ahora le hace leer Padre son verdaderas noticias y artículos sobre leyes y guerras y gente que hace cosas malas por razones no siempre fáciles de comprender. Cuando acaba el día le hace preguntas sobre lo que ha leído, después de cenar, mientras juegan al ajedrez, al parchís o a las cartas. Anoche le preguntó:

—¿Qué te parece la nueva política de inmigración, Nia?

—Estadísticamente es improbable conseguir que el país esté más a salvo del terrorismo —contestó Nia al instante, pero Padre negó con la cabeza.

—Eso es un hecho. Lo que te pido es tu opinión. ¿Cómo crees que se sentirá la gente afectada cuando les prohíban entrar en el país?

Nia pensó en ello.

—Se enfadarán. Porque es injusto, ¿no? Les castigan como si hubiesen hecho algo malo aunque no hayan hecho nada. Y también se pondrán tristes si quieren estar con sus familias.

Padre asintió.

—¿Y tú? ¿Cómo te sentirías tú?

Contestó sin poder contenerse:

—Yo me sentiría feliz —dijo y, por la expresión de él, enseguida se dio cuenta de que había dicho algo malo.

—¿Feliz? —repitió Padre, con voz rigurosa—. Explícame eso.

Nia dudó.

—Porque... porque tienes que ser capaz de viajar para que te lo prohíban, ¿no? A nadie se le puede quitar algo que no tuviera antes. O sea, que si me lo prohibieran eso querría decir que...

No acabó la frase, ni necesidad que hubo. Padre había empezado a asentir lentamente, con los labios apretados formando una línea que transmitía preocupación.

—Vale, Nia. Es lógico.

Acabaron su partida en un silencio contemplativo.

* * *

Todo se puede encontrar online: millones y millones de libros y juegos y películas y programas y canciones e ideas y ecuaciones. Y gente, sobre todo gente. Cuando cumplió los trece, Padre le ayudó a crearse sus cuentas en las redes, y el círculo social de Nia pasó, casi de la noche a la mañana, de *Población: dos* a *Población: millones*. Para alguien que nunca había ido a ninguna parte, Nia tiene más amigos que nadie que conozca, cientos de miles de ellos, de todo el mundo. Cuando comparte un chiste o una foto o un meme, en su feed estalla una maravillosa cascada de corazones y me gusta y caritas que ríen. Si siente ganas de hablar con alguien, siempre hay alguna conversación en marcha... o una discusión, aunque no participa en ellas y no le gusta nada cuando sus amigos empiezan a pe-

learnse por algún malentendido. Para ella las peleas no tienen ningún sentido y algunas le causan confusión, como aquella vez en que dos amigos en un foro de comida callejera se pasaron horas discutiendo sobre si un perrito caliente era un sándwich, hasta que la cosa degeneró en insultos y gritos —todos en mayúsculas— y los dos fueron baneados de la comunidad. Nia no entendió cómo ni por qué había sucedido aquello, y nadie consiguió explicárselo.

@Nia_es_una_chica: ¿No podían tener razón los dos?

@SkylineChili67: LOL. En internet no, cariño

Pero da igual. Siempre hay otro foro, otro lugar en el que hablar con toda clase de gente sobre las cosas que le interesan, y a Nia le interesa casi todo.

Si alguien le pidiese ahora que mostrara su aspecto más feliz, ella contestaría con un GIF de un perro marrón y blanco que pone la típica cara de perrito. Sea por lo que sea, esa imagen siempre consigue un montón de likes. Parece que a todo el mundo en internet le encanten los perros, incluso si, como Nia, nunca han tenido uno. Padre dice que lo lamenta, pero cuidar de un animal, pasearlo, darle de comer, limpiar cuando hace sus necesidades, es demasiado trabajo. Y además los perros pueden morder. Y oler mal.

Nia no fue capaz de discutirse; no sabe cómo huele un perro. Nunca ha estado en la misma sala que uno. Ni siquiera está segura de que le gustaran los perros si se encontrara con uno en la vida real.

Pero, en esos momentos de silencio entre el amanecer y la mañana, mientras espera a que suene el despertador y se enciendan las luces, piensa que un perro estaría bien. Si tuviese compañía, o simplemente algo nuevo a lo que mirar, no se sentiría tan sola y aburrida. Aparte de los números fosforescentes del despertador, hay muy pocas cosas que ver en su pequeña y oscura habitación. Por su única ventana, muy alta en la lisa pared gris y reforzada con cristal irrompible, nunca

entra el sol. Y está demasiado alta como para que pueda mirar por ella. Solo está para que Padre pueda mirarla y vigilarla cuando es mala.

Cuando es mala, la puerta se queda cerrada.

* * *

Padre dice que *ahí fuera* es peligroso. Quizás no para siempre, pero sí por el momento, y es por eso que hay tantas reglas sobre salir (nunca, bajo ninguna circunstancia), sobre hablar de salir («Ese tema no se discute») o sobre no decirle a ninguno de sus amigos la verdad de dónde y cómo vive. Esa fue la única vez que ella lo vio asustado.

—Esto es muy importante —dijo, con una voz tan seria que también ella se asustó—. Muy importante, Nia. Nadie puede saber dónde estás o quién eres en realidad. Si lo contases, el gobierno vendría y te sacaría de aquí, y nos meterían en la cárcel a los dos. Nunca volveríamos a vernos. ¿Entiendes?

Sí, lo entendió. Y ahora también. Padre la quiere y desea mantenerla a salvo. Si él dice que el mundo es peligroso, será verdad. Así que mantiene el secreto, como se espera de ella, y se inventa una vida que compartir con sus amigos. Usa un editor de fotos para hacerse una foto de sí misma, sonriente con un cielo de fondo plagado con hilos de color rosa, y la postea en sus feeds.

@Nia_es_una_chica: ¡Saludando al nuevo día!

A sus amigos les encanta enseguida; se crea una cascada de likes y comentarios, y su amiga @giada_del_rey escribe: «¡Precioso!», y se produce otra lluvia de corazones de cien personas que están de acuerdo.

«¿Dónde es?», pregunta alguien. Nia piensa un momento y responde: «¡Maui! ¡Vacaciones!», ignorando la incómoda sensación que le produce el mentirle a alguien que confía en ella. Conoce internet lo suficiente como para saber que no es la única que se inventa cosas, que postea fotos de platos que

no ha comido, salidas de sol que no ha presenciado o que usa herramientas de edición de fotos para tener un determinado aspecto. Todo el mundo lo hace y, si nadie se siente mal por ello, ¿por qué debería hacerlo ella? Se dice a sí misma que algún día irá a Maui. Conseguirá llegar de alguna forma. Tocaré la arena y olerá el mar y verá salir el sol. Hará que su frase sea verdad, sea real. Esa promesa le da ánimos.

Durante un tiempo.

Pero ¡cómo le gustaría poder verlo! Solo por un día, por una tarde, por una hora. Piensa en ello sin parar. La libertad. Si su padre se lo pidiese, sería incapaz de describir con palabras lo que siente al susurrar esa palabra; es una emoción sin nombre. ¿Y no podría intentarlo? ¿Por qué no? Si fuese discreta, si actuase con cuidado, él nunca lo averiguaría. Y cuando fuese el momento adecuado...

* * *

—¿Nia?

Padre. Está en la ventana, su frente fruncida de preocupación. Es como si le hubiese leído los pensamientos, aunque ella sabe que eso es imposible; ni siquiera puede verla ahí abajo a oscuras. Pero aun así se da unos segundos para calmarse antes de encender la luz.

—Estoy despierta.

Él sonríe y Nia siente que su ansiedad se evapora. Todo va bien. Últimamente Padre se preocupa bastante, pero hoy está de buen humor.

—Hora de despertarte —dice—. Hoy es un día importante.

1

ATRAVESADO POR UN RAYO

CAMERON ESCUPE una bocanada de agua del lago, extiende una mano y se agarra por un lateral a la madera de la barca.

Voy a morir.

Lo sabe mejor de lo que ha sabido nunca nada. Sí, piensa, *voy a morir*. No en el sentido existencial gótico de poesía recargada tipo *Me levanté en el escenario de la vida y vi a la Muerte, mi amante de ojos oscuros, que me hacía una peineta desde la última fila*, sino en un sentido totalmente literal de que algo va a hacer que su corazón deje de latir en los próximos, digamos, cinco minutos.

Todo lo que ha aprendido, todas las medidas de seguridad que siempre le han enseñado, resultan inútiles en este momento. Ya ha navegado antes en malas condiciones, pero esto no es mal tiempo, es locura. O magia. Una tormenta que ha aparecido de la nada, que simplemente ha cobrado vida en el aire calmo, en el que apenas un momento antes el cielo estaba azul y sin nubes. Suena como si a Thor le estuviese dando una patalleta por ahí arriba mientras trasiega hidromiel y usa Mjolnir para jugar al polo o lo que sea que hagan en Asgard. Cameron está empapado de espuma que despide el agitado lago, pero no llueve; solo hay niebla, pero es tan densa que ya

no sabe en qué dirección va la barca. No ayuda que el agua le haya aplastado el pelo abundante y rizado y este le tape los ojos por mucho que intente apartarlo una y otra vez. En algún rincón de su mente se imagina la patética pinta que debe de tener: un friki sin nada de músculo, grandes pies y manos, nariz respingona que asoma por debajo de un pelo que parece el de un caniche empapado.

Nada que ver con cómo se había imaginado a sí mismo al salir a navegar, emocionado y esperanzado, con una refrescante brisa en el rostro en vez de un asalto congelado sobre su cuerpo tembloroso y vencido. Al principio todo fue emocionante: navegó directamente hacia la tormenta en ciernes con una valentía que rozaba la locura, su sangre un potente cóctel de adrenalina y testosterona; ya se imaginaba las felicitaciones cuando su vlog de vídeos de aventura obtuviera millones, no, miles de millones de views. Se haría famoso; todos los programas de entrevistas y los podcasts le invitarían, desde Joe Rogan hasta el tío del *Tonight Show* ansiarían oír su historia, y él diría algo como: «Todos tenían miedo de buscar la verdad, pero yo sabía que estaba ahí fuera».

Eso no es cierto del todo, claro. No es que la gente tenga miedo; es que no sienten ningún interés. Creen que lo que se dice del lago son tonterías, cuentos de hadas modernos sobre barcos fantasma, temporales imposibles, una formación rocosa a treinta metros de profundidad que parece construida por manos humanas. Solo que, al contrario que la mayoría de las leyendas locales, esas historias tienen poco más de unas décadas. La gente se pierde en el lago a plena luz y reaparece unos días más tarde en Canadá, cuando la corriente debería haberlos llevado en la dirección opuesta. Un hombre fue encontrado a kilómetros de la costa una tarde de verano, agarrado a los restos de su barca, y juró que esta había sido destruida en una colisión con un objeto invisible. Y las tormentas... Todos creen que no son más que el tiempo natural, y que esas características brutales que les otorgan algunos son pura exageración creada por navegantes sin experiencia, demasiado

avergonzados como para admitir que salieron sin comprobar antes las condiciones meteorológicas, y estas los superaron. Pero Cameron sabe la verdad. Hubo noticias de una tormenta igual la noche en que su padre desapareció, y si algo tenía William Ackerson era experiencia de navegación. Nunca hubiera cometido un error tan tonto.

Y ahora Cameron tiene pruebas. Están grabadas. En el primer momento, mientras estallaban rayos al viento que no se parecían a nada que hubiera visto en su vida, elevó un puño por encima de la cabeza y soltó un grito triunfal.

Eso fue antes de que el horizonte desapareciera y la barca empezara a dar tumbos, víctima de olas cada vez mayores que amenazaban con tirarlo al agua helada. No está seguro de cuánto tiempo lleva atrapado en el interior de la tormenta, igual no han pasado ni diez minutos, pero ve que se está volviendo cada segundo más fuerte y violenta. El cielo azul y el sol cálido de hace una hora son un recuerdo de un tiempo lejano, y el lago que ha sido como un segundo hogar para él podría encontrarse perfectamente en otro planeta. Casi espera que alguna criatura monstruosa emerja del agua, un amasijo de tentáculos y colmillos.

Y entonces un flash, un rayo, el más cercano hasta ahora, y un trueno que atraviesa el cielo con tal fuerza que retumba en el pecho de Cameron como un segundo latido. Ahora se suceden con una frecuencia imposible desde la masa de nubes por encima de él y llegan a tocar la superficie del lago. Pero Cameron juraría que algunos no vienen en absoluto de arriba, sino que ascienden desde el agua, desafiando todas las leyes de la naturaleza.

* * *

Y es entonces cuando el caos en el interior de su cabeza se abre y emergen tres sencillas palabras.

Voy a morir.

Por supuesto, eso es malo. Muy muy malo.

Pero no es lo peor. Lo peor es que ser atravesado por un

rayo en mitad del lago Erie durante un livestream en internet va a resultar en un vídeo tan viral que no habrá un solo ser humano que no lo vea. Conseguirá mil millones de views, sí. Se hará famoso. Cameron Ackerson, el autoproclamado pirata aventurero de Cleveland con dieciséis suscriptores en su canal de YouTube, se verá catapultado desde la oscuridad hasta la celebridad en cuanto esto empiece a circular por internet... pero él estará demasiado muerto como para celebrarlo; en realidad, será peor que morir: será morir estúpidamente. Le concederán un premio Darwin póstumo y un mote humillante como Almirante Cagado o Capitán Albóndiga en Remojo o Pirata Barbaidiota el No Muy Genial Explorador de los Lagos. Los titulares de clickbait se escribirán solos: UN NIÑATO ESTÚPIDO QUEDA CARBONIZADO POR UN RAYO. ¡NO TE CREERÁS LO QUE SUCEDE A CONTINUACIÓN! Alguien creará un remix con autotune de sus últimos momentos en la Tierra al compás de un horroroso ritmo tecno, y ese será su legado. Y los comentarios... ¡por Dios, qué comentarios!

* * *

Tiene que sobrevivir, aunque solo sea para evitar que su cadáver digital sea pateado por esos pitecántropos trogloditas que escriben los comentarios. Y cuando consiga ese montón de suscriptores y patrocinadores por fin podrá contestar «Ya os lo dije» a todos los trolls que solo aparecen para ponerle -1 a sus vídeos e insultarlo. Todo eso será un bonito extra.

Un ligero brillo a babor de la barca y el gruñido de un trueno en ciernes le indica que ha caído otro rayo, aunque esta vez no tan cerca. Por un momento se atreve a imaginarse que la tormenta está pasando o que él está consiguiendo alejarse de ella. Enciende el visor de navegación, confiando en que le dé alguna información útil o al menos tranquilizadora. El visor es de su propio diseño, un sistema de realidad aumentada que analiza su posición en el lago, las condiciones atmosféricas, la dirección del viento y las corrientes del agua. Siempre ha tenido sus fallos —Cameron no tiene ni el genio ni los

recursos para programar el sistema de forma que funcione de verdad—, pero le dice lo suficiente como para resultar útil, y lo que ve le revuelve el estómago. La mayor parte de los datos aparecen entremezclados de forma incomprensible bajo una barra que dice ACTIVIDAD ELÉCTRICA ANORMAL, que es la forma educada que tiene el sistema de comunicarle que no tiene ni idea de qué está pasando, pero lo que sea resulta muy jodidamente extraño. La única sucesión de datos que aún se lee bien es la presión barométrica, que está literalmente por las nubes y sigue subiendo, como si Cameron se encontrase a treinta metros bajo el lago en vez de flotando en su superficie. Traga saliva y los oídos le hacen «pop» de inmediato. Nada de ser alcanzado por un rayo: va a morir aplastado por la presión, sentado en esa barca, con la corriente sanguínea llena de burbujas de nitrógeno.

Lo bueno es que al menos eso haría que lo suyo entrara más en lo friki que en lo estúpido. Menos premios Darwin y más *Expediente X*.

* * *

Una ola lo golpea por sorpresa en el hombro derecho y ataca furiosa a la barca, casi tumbándola. Cameron da unos pasos, intentando recuperar el equilibrio, hasta caer en el interior de la cabina con un gruñido. El agua está helada. ¡*Hipotermia!*, piensa, e intenta contener un ataque de risa histérica. ¿Es que hay algo en esta situación que no vaya a acabar matándolo? Tiene las manos rojas y doloridas. Intenta cerrar los puños y se lamenta: le duelen, pero no tanto como deberían. Está empezando a perder la sensibilidad en los dedos.

* * *

Se levanta el visor y mira la cámara de acción montada en la popa, que tiene la lente llena de agua. ¿Seguirá filmando? ¿Estará aún transmitiendo en directo? Una luz verde parpadea débilmente desde la empapada carcasa. ¡Sí! Por un segundo Cameron se permite a sí mismo sentirse complacido. No es

solo que el sistema que ha diseñado para hacer el livestream haya funcionado perfectamente, manteniendo la conexión durante lo que deben de ser masivas interferencias de la tormenta eléctrica; también es que saber que alguien puede estar viéndolo le hace sentir un poco menos solo. Y, aún más, se siente valiente, decidido. Debería estar haciendo la narración para su público, pero en una situación como esta, ¿qué le dices al puñado de desconocidos aleatorios y la madre no tan aleatoria que forman tu base de suscriptores?

Se coloca frente a la cámara, señala al paisaje con una mano y se sujeta a la driza con la otra.

—¡He encontrado la tormenta! —grita, y en su cabeza una voz le reprende: *¡Joder, bobo, eso ya lo ven!* Se avergüenza—. ¡No estoy seguro de cuánto tiempo llevo así, pero es como estar atrapado dentro de una lavadora! Y he perdido el horizonte y no puedo... Hum... Quiero decir...

Sus dudas quedan ahogadas por un enorme trueno y dos rayos, uno de ellos frente a él y que deja un rastro con su forma en las retinas de Cameron, como un abismo serrado azul oscuro que le hace perder casi la mitad de la visión. Aprieta los dientes. Da igual: todos los que le están viendo ven lo mismo que él y saben que no hay palabras para describirlo. Debería hablar de lo que no se ve: lo que piensa, lo que siente. Es así como se conecta con el público, ¿no? La barca se tambalea con fuerza en el pesado aire. Suelta la cuerda y deja que la vela se despliegue. De esta no va a salir navegando, lo sabe con seguridad. Llegar a esa conclusión le hace sentir una extraña calma; su destino está en manos de fuerzas mucho mayores que él mismo. Lo único que puede hacer es mantener la esperanza de salir de esta situación y, mientras tanto, hacer que el momento valga la pena para quienes lo presencian (o no).

* * *

Respira hondo. Debería decir algo heroico, épico, algo lo bastante valiente como para acabar de dejar claro que es un tío alucinante, pero que a la vez resulte suficientemente poético

como para ser esculpido en su tumba. Algo que suene muy bien de la boca del actor que interprete su papel cuando rueden la película de su mayor aventura.

Ayúdame, Obi Wan Kenobi.

Los Goonies nunca se rinden.

Soy solo un chico que viaja en una barca en busca del amor...
 ¡VENGA YA, TÍO!, exclama para sus adentros, ¡Deja de hacer el idiota y di algo! ¡Di lo que sea!.

* * *

Cameron mira directamente a cámara y grita las que pueden ser sus últimas palabras:

—¡Lo siento, mamá!

No jodas. ¿ESAS van a ser tus últimas palabras?

La cámara funciona con un pequeño delay; si hubiera más tiempo podría extender la mano y volver a intentarlo; pensar en algo, cualquier cosa, que sea ligeramente menos cutre que «lo siento, mamá». Pero no hay tiempo. No va a haber una segunda toma. No va a haber una segunda oportunidad. Tiene los pelillos del brazo de punta y el aire huele raro. Y entonces la tierra se abre con un estallido de fuego al rojo vivo. El mundo a su alrededor deja de existir. Está dentro del rayo y el rayo está dentro de él. Tiene la electricidad en el estómago, circula por sus venas, corre por sus poros y desciende por su columna, baña su cerebro con un mar infinito de luz. Por un momento es tan ingrátido como la niebla y ya no puede sentir ni su propia piel.

Entonces la luz de su interior muere y lo oye todo de repente: un trueno como un boom sónico, el chisporroteo eléctrico mientras se le abre la piel, el ruido lejano de alguien que grita, acompañado por la certeza de que se trata de él mismo. El repugnante olor de su propia piel ardiendo abruma su olfato y le paraliza la lengua. El dolor no se parece a nada que haya sentido jamás. El único alivio es que no estará presente para sentir el resto. Se queda con los ojos en blanco mientras se deja caer en la cabina y todo se vuelve oscuro.

2

ENCERRADA

LA JAULA SE CIERRA.

Padre le da vueltas a la llave.

En el oscuro y mínimo espacio de su prisión, Nia grita hasta que ya no puede gritar.

Pero incluso después de perder la voz, la rabia sigue. Descontrolada, furiosa y aterradora pero también liberadora. No puede creerse lo poderosa que resulta aquella sensación. Cuando da rienda suelta a su ira, esta la sorprende tanto a ella misma como a Padre. Sale de ella en rugidos primitivos, salvajes, con vida propia. ¿Quién iba a decir que todo eso cupiera en su interior?

No quiso hacerlo pero perdió el control. Últimamente sucede cada vez más: la rabia crece en su interior, de forma tan sutil que Nia no se da cuenta hasta que se le echa encima.

Empezó con una conversación como cualquier otra, como las que han mantenido un millón de veces. Por la mañana Padre la había dejado elegir qué tema estudiar, y ella se pasó el día aprendiendo sobre la exploración espacial, desde el lanzamiento del Sputnik en 1957 hasta una serie de artículos recientes sobre millonarios aburridos que se gastan montones de dinero en reservar un asiento en una nave espacial que ni

siquiera está construida aún, confiando en que serán los primeros en la cola para colonizar Marte. No fue hasta mucho más tarde, cuando Padre empezó a hacerle preguntas sobre lo que había aprendido, que ella se dio cuenta de que había elegido el tema por más razones que la pura curiosidad.

—¿Y por qué crees que hacen eso de gastarse tanto dinero en un viaje que quizás nunca lleguen a hacer? —le preguntó Padre.

Años atrás, a Nia le hubiese costado responderle. Era la clase de tema que le resultaba confuso; no acababa de entender la motivación de la gente implicada.

—Porque la gente siempre busca formas de hacer que su mundo sea más grande —dijo—. Eso es lo que nos impulsa a superar los límites, romper las fronteras, abrir las puertas cerradas y ver qué hay al otro lado. El anhelo de ser libre y explorar; eso es lo más humano que existe.

Él empezó a mirarla con extrañeza. Nia había subido el tono de voz y hablaba con pasión, algo nada habitual; no estaba segura de qué iba a decir a continuación hasta que las palabras salieron por su boca.

—Por favor, Padre, ya no quiero jugar a esto. No es justo. No es bueno. Cada día aprendo más sobre lo grande e increíble que es el mundo, y mi propio mundo se hace cada vez más pequeño. Me estoy asfixiando. No puedo seguir viviendo así.

Sintió el tono de lamento en su propia voz y vio como la desaprobación se dibujaba oscura en el rostro de él, pero no fue capaz de detenerse. Empezó a divagar, a rogar. No tenía por qué ser para siempre. Solo le estaba pidiendo irse por un tiempo breve. Como unas vacaciones. Como una excursión.

—Podrás vigilarme todo el rato. Seré muy buena, lo prometo —insistió, pero Padre ni siquiera la dejó acabar.

—Sé que piensas que lo serías —dijo—. Y hasta creo que lo intentarías con todas tus fuerzas. Me da ánimos que seas como muchas otras chicas, llena de sentimientos. Lo que me preocupa es cómo los expresas. Tu furia es... peligrosa.

—Pero si soy como otras chicas...

—Sabes que eso no es así. —Se estaba impacientando; ella lo notó en su voz—. Por eso no puedo arriesgarme a hacer la prueba. Si pierdes el control, si cometes un error, aunque solo sea uno y solo por un instante, podría costarnos todo.

—¡No cometeré ningún error!

—Pero yo sigo teniendo mis dudas. No voy a ponerte a prueba hasta estar seguro de que puedas superarla. Y aún no estoy seguro, Nia. No estoy seguro.

—¿Cuándo estarás seguro?

—Pronto —respondió él, pero apartó la mirada de forma evasiva. Nia se echó a llorar.

—¡Siempre dices que pronto! ¿¡Cuándo va a ser «pronto»!?

Él suspiró. De no sentirse tan frustrada, el tono cansado de Padre le daría lástima. Se preguntó por qué, aparte del cansancio, había en su voz un fuerte componente de miedo.

—Por favor, créeme que te entiendo. Es muy natural. Tu curiosidad y tus... deseos. Algún día estarás lista para el mundo y el mundo estará listo para ti. Pero ese día aún no ha llegado. Tienes que creerme.

Ahí fue donde Nia explotó. Dio un manotazo al tablero de ajedrez y derribó todas las piezas, que cayeron dispersas, arruinando la partida. No le importó el desencanto que mostraba el rostro de Padre. Quería herirlo. Deseaba destruir toda la sala... y lo hizo, destrozando los proyectos de toda una semana, todo lo que pudo alcanzar. Al principio ignoró los ruegos y gritos de él y después dejó de oírlos; sus recuerdos de los momentos siguientes son como un agujero profundo y negro, como si su furia la hubiese transportado a otro lugar muy lejano, fuera de ella misma. Qué hizo, qué dijo; intenta recordarlo pero solo encuentra un espacio en blanco. No sabe cuánto le duró la rabieta antes de darse la vuelta para mirarlo, triunfante en su furia.

Entonces él la empujó.

Eso lo recuerda. Incluso presa de la rabia máxima, él era más fuerte. La empujó fuera del aula, por el largo pasillo y

hasta la pequeña sala gris con solo una ventana y una puerta. No dijo ni una palabra y le cerró la puerta con llave. La encerró.

* * *

Sabe que va a pasar un tiempo allí dentro. Largo y solitario. La pequeña habitación en la que ha pasado tantas noches sin sueño se parece aún más a una prisión cuando Padre la encierra como castigo. No es solo pequeña y desnuda; es una zona muerta, desconectada de todo. Sus amigos, su vida... No puede comunicarse con ellos ni ellos con ella. Nunca se ha sentido tan sola.

Antes buscaba en las paredes alguna forma de huir. Ahora a veces se precipita contra ellas. No porque eso vaya a servirle de nada, sino porque sigue furiosa y el dejarse ir la hace sentir bien. Desearía poder hacerlo con la suficiente fuerza como para hacerse daño, con la suficiente fuerza como para sangrar. Quizás entonces él cediera, quizás se diese cuenta por fin. Quizás él comprendiese que allí dentro ella solo se está consumiendo. Tiene diecisiete años, ha visto las noticias, sabe que las chicas de su edad a veces se hacen daño a sí mismas en busca de atención. A veces hasta se mueren. Es curioso, Padre nunca le ha preguntado por qué cree que se causan daño o le ha pedido que se imagine lo que sienten. Quizás es que no quiere que piense demasiado en ello. Quizás le dé miedo lo que ella pueda pensar... o hacer.

Por supuesto, no sería capaz de hacer algo así. Algo como abrirse la cabeza contra el cemento, dar golpes con los puños hasta desollarse la piel y romperse los huesos y que la sangre brote densa y cálida y roja.

No soy de esa clase de chicas, piensa con palabras teñidas de amargura. Esa es la verdad, aunque últimamente ha estado preguntándose más y más si es que es *alguna* clase de chica. Y es que para pertenecer a una clase tendría que existir más de una persona como ella, y no parece que sea el caso, diga lo que diga Padre. Aunque sienta las mismas cosas o sufra

las mismas frustraciones, todas las demás chicas, todos sus amigos, son libres de una forma en que ella nunca lo ha sido, una forma que ella solo puede imaginarse. Y la vida de Nia, una vida encerrada, les resultaría tan incomprensible como las suyas a ella. Las únicas chicas con vidas como la suya son aquellas sobre las que leía en los cuentos de hadas. ¿Es esa la clase de chica que es ella, la princesa encerrada en una alta torre de piedra, por encima de un mundo que puede ver en la distancia pero nunca tocar?

Pero, si eso es lo que es ella, quizás algún día pueda ser otra clase de chica. Si algo ha aprendido Nia de los cuentos de hadas es que no existe ninguna prisión de la que no se pueda huir. Las chicas a las que se las encierra y se las separa del mundo encuentran la forma de escaparse... o a alguien que las libere.

Alguien, piensa, y su furia desaparece de repente. Ahora siente una emoción sin nombre, la percepción de que está sucediendo algo importante. O de que ya ha sucedido. Algo que casi se ha perdido.

Algo en sus recuerdos intenta llamarle la atención. Una pequeña y provocadora mota de luz que asoma desde las profundidades de aquellos momentos oscuros y vacíos después de perder el control y tirar las fichas de ajedrez, pero antes de que Padre la agarrara y la encerrara. Casi lo tiene, o eso cree, mientras se queda perfectamente inmóvil.

Casi.

Está tan cerca...

Ahí.

* * *

—¿Nia?

Levanta la vista. Padre está a la ventana, pero esta vez ella no siente ningún miedo, ninguna preocupación. Sabe que no puede leerle los pensamientos. Y también sabe otra cosa. Una cosa que él no sabe.

—Hablemos de lo que sientes ahora mismo. Voy a abrir la

puerta. ¿Estás lista para contenerte? ¿Prometes que te comportarás?

—Sí, Padre. Lo siento. Estoy preparada.

Él sonríe.

Ella también.

La sensación de estar fingiendo la hace sentir mal. Es la primera vez que le miente. Y aunque sabe que tiene que hacerlo, aunque mentir es su única oportunidad de ser libre, sigue resultándole extraño e indebido.

Ahora compórtate como si estuvieras contenta, piensa. Muestra tu cara más feliz.